

Estas ideas, amados míos, son gratísimas, y excitan todo nuestro amor hácia ese divino mediador, que tan gratuitamente se ha constituido responsable de nuestras iniquidades. ¡Qué hubiera sido de nosotros sin la mediación de Jesucristo! ¡Muy ciegos é ingratos son los cristianos especialmente, que olvidan ó desconocen este inmenso beneficio!

Con mucha satisfacción y grande consuelo de mi alma me detendría en estas reflexiones, pero la extensión de los oficios eclesiásticos en este día me lo impiden. Veamos, pues, y contemplemos llenos de gratitud á nuestro divino Salvador, subiendo á los cielos desde el monte de las Olivas. Fijemos nuestra mirada, como sus fieles discípulos, en la nube misteriosa que nos le oculta y veámosle al través de ella penetrar en las eternas mansiones, por su propia virtud, en cuerpo y alma, rodeado de inmensa multitud de ángeles, aclamado Rey y Señor de cielos y tierra por todos los moradores de aquel delicioso recinto, como nuestro mediador, nuestro Salvador, nuestro maestro, cabeza de su Iglesia, dividida en triunfante, militante y paciente, ostentando ante la eterna justicia, irritada por los pecados de los hombres, las heridas que ha recibido por los mismos pecadores á quienes tanto ama. Y digámosle con toda la efusión de nuestras almas: «¡Oh divino Salvador, dulcísima Víctima inmolada por nosotros, sed siempre nuestro intercesor y dadnos participacion de esos inmensos y eternos bienes de la gloria!»—AMEN.

## SERMON

PARA

### EL DÍA DE PASCUA DE PENTECOSTÉS.

*Repleti sunt omnes Spiritu  
Sancto, et cœperunt loqui.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

AUN cuando no tuviese nuestra adorable religion otra prueba de su divinidad que la multitud de grandes hechos que forman su historia, le seria esto muy suficiente para arrastrar el convencimiento de los más obstinados. Hoy ofrece á nuestra consideracion uno de aquellos acontecimientos, acaso el más grandioso, el más admirable y estupendo de cuantos vieron jamás los siglos: hélo aquí.

Era la Pascua de Pentecostés, día solemnísimo entre los judíos. Habia sido establecida, segun el Deuteronomio, con un doble objeto; para celebrar la memoria de aquel día en que fué dada por el Señor



la Ley al pueblo de Israel sobre la cumbre del monte Sinaí y para dar gracias al mismo Señor por haberse dignado llevar á sazón los frutos del año. Así es que desde este día se preparaba la recolección de granos, y cada cabeza de familia ofrecía en el templo dos panes confeccionados ya con la harina del trigo nuevo.

Diez días habían pasado desde que nuestro divino Salvador, congregando á sus discípulos en el monte de las Olivas, en aquel monte, testigo de tantas maravillas, subió á los cielos á la vista de todos ellos; y estos, tristes, desconsolados y llenos de temor esperaban ocultos en el cenáculo de Jerusalén el cumplimiento de la promesa que les había hecho su amado Maestro.

Mas hé aquí que de repente un grande rumor se deja sentir en toda aquella mansión de paz y de oración, semejante al bramido de impetuoso huracán. Era el anuncio de la venida del Espíritu-Santo: y en efecto, aparece en figura como de lenguas de fuego, que se fijan sobre las cabezas de todos los allí reunidos, en número de ciento veinte.

Pero todo este sorprendente aparato con que desciende el Espíritu-Santo sobre los discípulos del Salvador, no es para mí tan grande y admirable, como los efectos que produce. Aquellos hombres tímidos que habían abandonado á su Maestro al menor amago de persecución; aquellos hombres carnales, cuyo corazón estaba lleno aun de las afecciones

del mundo, en el momento que fueron inflamados por el fuego del divino Espíritu, cambian repentinamente de afectos y de conducta, con asombro de todos los habitantes de Jerusalén; y el inmediato fruto de este cambio prodigioso fué la conversión de ocho mil personas. De este modo el Pentecostés de los judíos se convirtió en Pentecostés de los cristianos y en una de las mayores y más augustas solemnidades de la Iglesia de Jesucristo.

Hé aquí, amados míos, la historia y la parte esencial del misterio de Pentecostés. Y ya que no me es posible daros una idea tan completa cual exige la grandeza y dignidad del asunto, siquiera me detendré un momento sobre los efectos que produce la venida del Espíritu-Santo en el corazón de los apóstoles, y en el de los judíos obstinados en su ceguera. En el primer caso veremos el espíritu y el dedo de Dios, y en el segundo el espíritu del mundo; y examinando después nuestra conducta, deduciremos cuál es el espíritu que nos domina.—AVE MARÍA.



*Repleti sunt omnes Spiritu  
Sancto, et ceperunt loqui.*  
Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

¿Pero no contradice al buen sentido, exclama aquí nuestra razón ciega y caprichosa, que el Espíritu-Santo, espíritu de paz, de amor y de consuelo, se deje ver hoy entre los fieles discípulos del Salvador bajo símbolos tan fuertes y aterradores?

Dios, señores, que es la misma sabiduría por esencia, no puede menos de ser oportuno en sus obras, y hasta en las más pequeñas circunstancias que las rodean. Examinemos, siguiendo la exposición de los santos Padres, los símbolos bajo que se ha dignado aparecer el Espíritu-Santo en diversas ocasiones, y las causas que, á nuestro modo de entender, pudiera haber tenido para ello.

Apareció en figura de paloma en el bautismo de nuestro Salvador, para designar su inocencia y la que produciría en nuestras almas por medio de aquellas aguas regeneradoras.

Apareció en forma de nube resplandeciente en el Tabor, para darnos á entender la protección que dispensaría á los fieles seguidores de Jesús en sus afrentas y humillaciones.

Apareció por la insuflación del divino Salvador

en la noche de la Cena, cuando dió á sus sacerdotes la potestad de perdonar los pecados, para significar la vida espiritual que nos dejaba en los Sacramentos.

Y apareció bajo los símbolos del viento impetuoso y del fuego, para darnos á entender la celeridad y la eficacia de su operación, según la frase del Deuteronomio: en su mano lleva la Ley de fuego, *in dextera ejus Lex ignea*. ¡Admirable actividad del espíritu de Dios!

Vamos á contemplar, pues, la mudanza que se verifica en el corazón de los apóstoles por la venida del Espíritu-Santo. Para esto basta examinar qué eran aquellos antes del día de Pentecostés y qué fueron después de haber sido llenos del espíritu consolador.

¿Qué eran los discípulos del Salvador antes de haber recibido el Espíritu-Santo? Eran unos hombres llenos de imperfecciones, según el testimonio del mismo santo Evangelio; hombres rudos, poseídos de ideas carnales y de las máximas del mundo; la humildad, la mansedumbre y la abnegación, eran misterios para ellos. Estaban dominados de la ambición y de la envidia; se disputaban la primacía; obraban estimulados de un celo violento; presumían de sus fuerzas. La elocuencia divina de su Maestro nada les impresionaba; los milagros más estupendos no arrancaban su convicción. ¡Cuántas lecciones llenas de sabiduría inútiles para ellos! ¡Cuántas maravillas pasaban desapercibidas ante sus ojos! «¡Cuán-



tas veces, dice el mismo santo Evangelio, que no comprendian aquellas cosas, ni siquiera entendian el significado de las palabras!» *Et ipsi nihil horum intellexerunt, etc.* El divino Salvador les decia despues de su resurreccion: «¡Oh nécios y tardos en creer lo que han dicho los profetas!» *Oh stulti et tardi corde, etc.*

Pues estos hombres tan rudos é ignorantes, incapaces al parecer de instruccion alguna, apenas reciben el Espiritu-Santo, se llenan de una sabiduría tan profunda que confunde la sabiduría de los más celebrados filósofos. Estos hombres, tan poseidos de afectos carnales, apenas reciben el Espiritu-Santo, se hacen rectos, humildes, espirituales, amando tanto como habian aborrecido antes las humillaciones y abatimientos. Estos hombres tan tímidos que habian abandonado á su Maestro en las mayores necesidades y alguno le habia negado hasta con juramento; estos hombres que huian hasta de su propia sombra, permitidme esta frase vulgar, pierden su temor apenas reciben el Espiritu-Santo, ya no obran oculta-mente; salen del cenáculo, á manera de un torrente impetuoso, penetran las calles de Jerusalem, se precipitan por entre la multitud, y todos, partos, medos, elamitas, judíos, árabes, griegos y romanos, todos oyen exclamar á Pedro, aquel mismo que habia negado á su Maestro, á la menor instigacion de una mujercilla: «Varones de Israel, sabed que Jesus de Nazaret es el Hijo de Dios, como lo tiene acreditado

con palabras y obras; á este Jesus vosotros habeis despreciado; le habeis pospuesto á un asesino; le habeis hecho morir en un patíbulo de salteadores:» *Sanctum et Justum negastis, etc.* ¡Ah! ¡qué mudanza tan inesperada! Pues esta es la obra de Dios. El mundo la vió confundido, y no pudo menos de doblar su cerviz altanera y confesar el poder del Espiritu santificador y la verdad de la doctrina que predicaban aquellos hombres, rústicos é ignorantes, hacia muy pocos momentos: *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et cœperunt loqui.* ¡Ah! ¡cuán bien se verifica en este dia el dicho de San Agustin: «vino el Espiritu-Santo en forma de fuego para quemar y consumir el heno de las debilidades humanas y purificar el oro de las buenas obras!» *Sicut ignis venit Spiritus Sanctus fœnum consumpturus, aurum purgaturus.* Y aquel otro de mi P. San Bernardo: «yo conoceré la presencia del Espiritu-Santo en la mudanza de mi corazon, cuando de terreno se haya hecho espiritual:» *Cognoscam Spiritus-Sancti presentiam, mutatione cordis mei, cum è terreno illud caeleste factum videam.*

Pero ved, amados mios, lo que sucede en donde el Espiritu-Santo no obra. Entretanto que en el cenáculo se verifica tan asombrosa trasformacion del corazon de los apóstoles, la ciudad y aun los mismos que habitan aquella casa, de nada se aperciben. Entretanto que se realizan en Jerusalem tantos y tan ruidosos prodigios, los que no están poseidos del



espíritu de Dios, unos permanecen insensibles, como si nada sucediese en torno suyo; estos son los hombres que viven sumergidos en los cuidados y afanes del mundo. Otros aumentan su ódio y su furor contra el Crucificado y su doctrina, y estos son los escribas y fariseos, que representan los hipócritas, aquellos que, aparentando un falso celo por la religión, sólo aspiran á satisfacer sus apetitos. Otros se burlan de la predicacion de los apóstoles, teniéndoles por ébrios, y estos son los literatos, preciados de su ciencia, y representan á los incrédulos de nuestros dias, que se burlan de las verdades de la religión. Y hé aquí el espíritu del mundo en contraposición del espíritu de Dios. Aquellos, llenos del Espíritu-Santo, hablan, manifestando que están vivos en su alma y en sus acciones externas; estos, sin espíritu, se marchitan en sí mismos, segun la expresion del apóstol Santiago, y mueren. Y hé aquí la historia del misterio de Pentecostés, que celebramos hoy.

Ahora, amados míos, preguntémonos á nosotros mismos: ¿hemos recibido el Espíritu-Santo? ¿Imitamos á los apóstoles? ¿Corresponden nuestras obras á las suyas? ¡Ay, ay! ¡cuántos de nosotros podrán contestar con los de Efeso á San Pablo: «ni siquiera sabemos si hay Espíritu-Santo!» *Neque si Spiritus Sanctus est audivimus!*... No se conoce en nosotros el espíritu de sabiduría, que condena la prudencia humana; no se conoce en nosotros el espíritu de man-

sedumbre, porque á todo posponemos la satisfaccion que produce esta virtud que nos hace conllevar las molestias ocasionadas por nuestros hermanos; no se conoce en nosotros el espíritu de piedad, porque practicamos nuestras obras con negligencia; y no se conoce, en fin, en nosotros el espíritu de celo por la gloria de Dios, porque vivimos sumergidos en la más grande frialdad. ¡Ay, señores, que nosotros no hablamos, porque no hemos recibido el Espíritu Santo, porque realmente estamos muertos á la vida del espíritu!

Pero vos, Espíritu divino, vos sois la resurreccion y la vida; reanimad nuestro corazon, y volvedle á la vida de la gracia que hemos perdido por el pecado, para que así podamos ser dignos de recibir vuestros divinos Dones, prenda segura de la gloria que os deseo.—AMEN.